

algar

COLECCIÓN  
CALCETÍN

# Por lo menos un millón

Elena Alonso  
Frayle

Ilustraciones  
Javier  
Lacasta  
Llácer



Premio Algar de Novela Infantil



La mayoría de los niños tienen una abuela. Muchos de ellos incluso tienen dos, dos abuelitas, cada una con sus cabellos de plata y sus manos arrugadas y sus anteojos resbalados sobre la nariz cuando se sientan a coser o a leer un cuento. Algunos niños dicen que su abuela cocina unos macarrones con tomate para chuparse los dedos, otros afirman que su abuelita es la mejor tejedora de bufandas de lana para abrigarse en invierno y otros más aseguran que es capaz de pintar unos paisajes

tan bonitos que parecen reales. Casi todos los niños presumen de su abuela.

Pero el caso de Rafa era distinto, porque Rafa era el único que podía decir que su abuela, además de abuela, era una cabra. Una cabra loca. Y que conste que eso era un secreto. Un secreto entre Rafa y su abuela. Al menos lo fue durante algún tiempo.

Hasta que pasó lo que pasó.



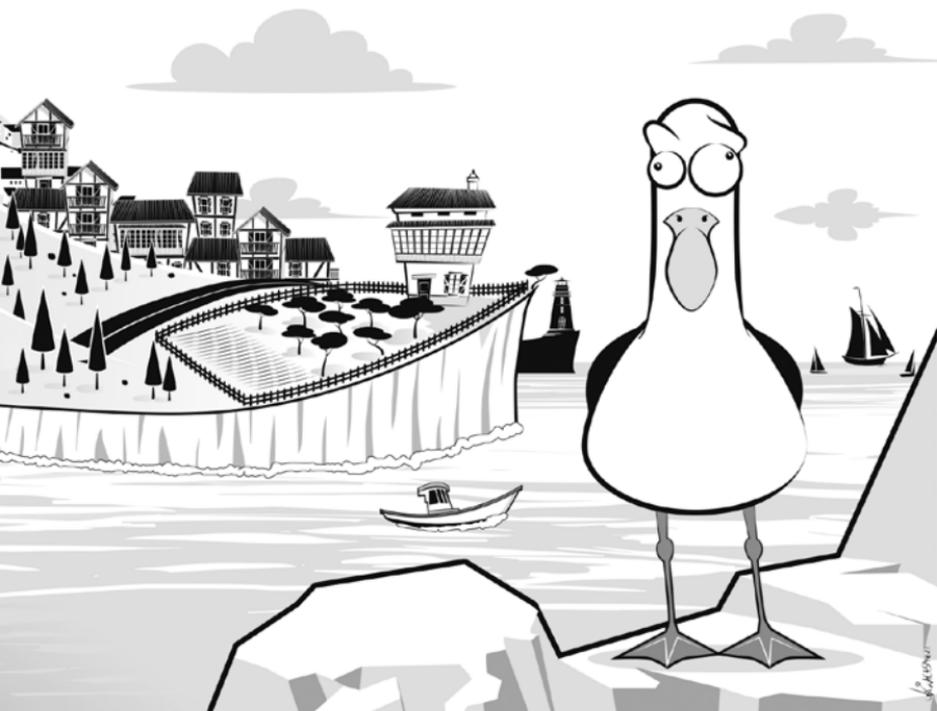
1

La abuela de Rafa se llamaba Zoila. Era la mamá de su mamá y vivía sola en un pueblo de calles estrechas que olían a pan. Su casa estaba rodeada de prados, huertas y árboles frutales, y desde algunas de sus ventanas se veían las montañas, que envolvían al pueblo como si lo abrazaran; pero si uno se iba a las ventanas del otro lado de la casa, lo que veía era el mar. A Rafa eso era lo que más le gustaba de

9



esa casa: dependiendo de la ventana que uno eligiera, se encontraba con un paisaje distinto, como si su abuela viviera en dos o más pueblos a la vez. Le parecía que, al asomarse a las ventanas de la casa de Zoila, podía figurarse mejor lo grande que es el mundo y lo lejos que puede uno llegar. Desde la ventana de su habitación en la ciudad, Rafa solo veía un contenedor de basura y las cañerías del edificio de enfrente y un aparcamiento para bicicletas.



A Zoila no le faltaba mucho para llegar a los ochenta, pero aún se las apañaba muy bien ella sola. No quería ni oír hablar de tener a nadie que la ayudara, y mucho menos de trasladarse a la ciudad con la familia de Rafa, donde se suponía que estaría mejor atendida.

–Me basto y me sobro –decía.

Cocinaba a diario, planchaba sus blusas, sus manteles y sus sábanas, y limpiaba la casa con la ayuda de un aspirador con forma de moneda gigante que iba él solito de un lado a otro, rodando por los pisos de madera sin que nadie lo tuviera que empujar.

A Rafa le gustaba mucho visitar a su abuela. El problema era que el pueblo de Zoila estaba tan lejos que solo podían ir a verla de vez en cuando, los fines de semana largos o en vacaciones. A veces sus padres, cuando



estaban ocupados con el trabajo, lo dejaban solo con su abuela varios días o incluso semanas. A Rafa esas eran las visitas que más le gustaban. En cuanto entraba por la puerta, Zoila lo recibía con un abrazo muy fuerte, y él sentía su olor a colonia y a brisa fresca y a vientecillo suave que viene del mar. En esos abrazos Rafa comprendía que su abuela lo quería tanto como él a ella y que esperaba sus visitas con ilusión. Ella lo miraba con los



ojos muy brillantes y hacía la señal de chitón llevándose un dedo a los labios sin que la vieran sus padres. Y Rafa entendía en ese gesto que ella estaba tan impaciente como él por que sus padres se marcharan de una vez. Para despedirlos, se apostaban juntos en una de las muchas ventanas de la casa –la que daba a la carretera– y agitaban la mano con gesto de limpiaparabrisas mecánico y cara de estar un poco tristes por su marcha, y así hasta que veían el coche de sus padres desaparecer a la vuelta de una curva. Entonces se miraban el uno al otro, cambiaban el gesto de la cara y levantaban los brazos como si su equipo de fútbol acabara de marcar un gol.

–¡Bieeeeeeeen! –gritaban juntos.

Y es que los dos sabían que, a partir de entonces, cuando se quedaban solos, podrían hacer lo que les diera la gana. Rafa no tendría



que escuchar a todas horas a la aguafiestas de su madre diciendo que ya era la hora del baño o que no podía comer churros entre horas o que había que cortarse las uñas de los pies.

Y Zoila no tendría que escuchar a todas horas a la aguafiestas de su hija recordándole que se tomara sus medicinas o que tuviera cuidado con las corrientes de aire o que dejara de decir todas esas palabras sin sentido que le gustaba decir a Zoila y que le corregía porque no aparecían en los diccionarios, porque eran palabras que no significaban nada.